

Mitos griegos

Démeter y Core.

En la Mitología griega Deméter es la diosa de la naturaleza, la fecundidad y la agricultura, de la tierra cultivada que alimenta al género humano. Una importante figura que al otorgar al hombre la posibilidad de cultivar le permite pasar del estado salvaje al civilizado, pero una figura a la que también había que temer pues de ella dependían las cosechas.

Démeter había tenido una hija bellísima con Zeus, de nombre Core (la doncella) a la que amaba por encima de todas las cosas. Figuraos la belleza de la joven que un día Hades, el rey de los infiernos, decidió subir un ratito a la superficie y cuando vio a la joven se obsesionó hasta tal punto que pensó, pesase a quien pesase, que Core se debía convertir en su esposa.

Algunos dicen que Hades pidió permiso a Zeus para celebrar la boda pero que éste, al no poder negarle tal casamiento -no hay que olvidar que Zeus y Hades son hermanos- pero no queriendo ni imaginar las consecuencias que podría tener la reacción de Démeter si le arrebataban a su hija, decidió dar una diplomática respuesta en la que no aclaraba su posición. Lejos de calmar a Hades lo que Zeus consiguió fue precisamente lo contrario, enfadarlo y envalentonarlo. Un día que Core se hallaba recogiendo flores con sus amigas las ninfas fue raptada por un ser que emergió de una grieta surgida en la propia tierra. ¿Os imagináis quién era ese ser que salía del fondo? Por supuesto, Hades que por la fuerza se llevaba a su amada al inframundo, su reino, en un carro tirado por negros caballos.

Cuando vuelve Démeter y no encuentra a su hija, cree volverse loca. Desesperada comienza una peregrinación de nueve días y nueve noches en busca de la bella Core. Al décimo día, acompañada de Hécate, la diosa lunar, decide ir a ver a Helio, el dios del Sol y de la Luz, que todo lo ve y todo lo sabe, para que admitiese, lo que otros ya le habían comentado: Hades era el autor del rapto.

Démeter estaba tan furiosa que, en lugar de volver al Olimpo, continuó vagando por la tierra prohibiendo a los árboles dar sus frutos y a las hierbas crecer. Las cosechas y las fuentes se



secaron y la situación fue tan desesperada para los hombres que habitaban la tierra, que sus quejas ascendieron hasta el Olimpo, hiriendo con sus gritos sedientos y hambrientos al mismísimo Zeus.

A Zeus no le quedaba más remedio que tomar partido en la situación por lo que envió a Hermes -¿os acordáis el mensajero de los dioses, el de las sandalias aladas?- al infierno con un mensaje que decía lo siguiente: Por favor devuelve a Core, si no estamos todos perdidos.

Y otro para Démeter en el que le confirmaba que podría volver a tener a su hija. Solamente había una condición, que ésta no hubiese probado bocado del infierno, pues quien lo hacía ya no puede abandonar dicho lugar.

Core, que durante días, desde su secuestro, se había negado a tomar cualquier alimento, incluso un mendrugo de pan, justo en el momento en el que iba a abandonar el infierno para volver junto a su madre, cogió una granada del jardín y se comió siete granos, y tuvo la desgracia de ser vista por un jardinero de Hades.

Imaginaos en este momento la felicidad de Hades, quien conservaba a su reina y el enfado y la desesperación de Démeter, quien más abatida que nunca, lanzó el siguiente grito: *Jamás volveré al Olimpo y nunca retiraré la maldición que he lanzado sobre la tierra.*

Ante esta situación, el fin del mundo estaba próximo, por lo que Zeus debía encontrar una solución y que mejor para ello que recurrir a su anciana madre Rea, también madre de Démeter y de Hades, para que intercediera. El acuerdo al que llegó fue el siguiente: Core pasaría tres meses al año en compañía de Hades como Reina del Tártaro, respondiendo al nombre de Perséfone y el resto del tiempo, nueve meses, estaría al lado de Démeter.

Y así sucede cada año. Cuando Core regresa al lado de su madre es primavera, los campos florecen y los árboles dan sus frutos y cosechas hasta el final del otoño. Pero, ¿qué hace Deméter cuando su hija parte al infierno? Pues enfadarse, o, tal vez, simplemente entristecerse. Por eso llega el invierno, la tierra deja de dar frutos, se vuelve estéril... hasta que Démeter y Core vuelven a estar juntas.



El rey Midas

Había una vez un rey de nombre Midas que vivía en Frigia, un país bendecido por los dioses en donde no escaseaban los dones. Los árboles siempre estaban cargados de frutos, el ganado crecía sano y robusto y sus habitantes tenían una vida tranquila y eran seres afortunados pues podían disfrutar de los gozos que su rica tierra les aportaba.

En especial su rey Midas, alguien que desde que nació estaba predestinado a ser inmensamente rico y pasaba la mayor parte de su tiempo paseando por el campo. Pero alguien también que nunca se conformaba con la riqueza y poder que tenía, siempre deseaba más.

Un día apareció de improviso en Frigia el dios Dionisos con todo su séquito. Dionisos era el dios del vino y de la fiesta de ahí que tanto él como sus acompañantes se pasaran el día de bailando, cantando e incluso bebiendo demasiado y quedándose dormidos en los lugares menos convenientes, como le pasó al viejo y sabio Sileno que se perdió del grupo al dormirse a la sombra de un rosal en el jardín de Midas.

Tras dormir al fresco durante toda la noche, a la mañana siguiente un jardinero le encontró bajo el rosal y le condujo ante el rey. Midas, como gran anfitrión que era, trató a Sileno con gran amabilidad y fue su huésped por diez días.



Cuando al cabo de ese tiempo Sileno y Dionisos volvieron a encontrarse, la felicidad del Dios era muy grande pues adoraba al viejo sátiro quien había sido su maestro y mentor. -¿Dónde te has metido, mi querido Sileno?- le preguntó Dionisos. Te he echado muchísimo en falta.

Y Sileno le contó que se había quedado dormido y Midas le había cuidado como un gran anfitrión. Dionisos muy agradecido por lo que oía decidió premiar a la persona que tan bien se había portado y había acogido a su maestro. Así que a la mañana siguiente se fue en busca de Midas y le dijo: -Te concedo el don que quieras. Dime, ¿qué es lo que más te gustaría tener en este mundo?



Midas no podía creer su buena suerte. Durante largo rato estuvo pensando qué podía pedir. Realmente no era fácil decidirse, más para alguien como él inmensamente rico y que poseía casi todo lo que uno puede desear en la vida... Pero entonces pensó que había un don que nadie, por muy rico que fuese, poseía.

-Quiero convertir en oro todo lo que toque- le dijo a Dionisos

-¿Estás seguro? - le preguntó el dios bastante extrañado

-Sí, sí. Estoy completamente seguro

-Pues entonces a partir de este momento todo lo que toques se convertirá en oro.

Y así encantado con el don conseguido se fue a su jardín a poner a prueba su nueva habilidad. Al principio la cosa no podía ir mejor: tocó una roca y ésta se convirtió en oro. Loco de alegría cortó una rosa, que también se transformó en oro y más tarde levantó del suelo un terrón de tierra y al minuto tenía la apariencia de un lingote de oro.

-Soy el hombre más afortunado del mundoooooo- comenzó a gritar.

Pero su dicha le duró poco pues enseguida se dio cuenta que tal vez su elección no había sido la más correcta. Midas tenía un perro que lo seguía a todas partes y al que tenía un enorme cariño. Pues bien, cuando ese día el animal se acercó a su amo en busca de una caricia, en el mismo momento en que éste retregó el hocico contra la rodilla del rey se convirtió en oro.

Pero aquí no acabó la cosa. Midas tenía una bella hija muy cariñosa que le encantaba correr de improviso y abrazar a su padre. Os podéis figurar que es lo que sucedió cuando como todas las noches se acercó a la habitación de su padre a darle un beso antes de acostarse, se convirtió en oro.

Cuando el rey Midas lo vio, roto de dolor cayó de rodillas y empezó a lamentarse.

¡Qué he hecho! ¡Qué he hecho! ¡Si no hubiese sido tan codicioso mi hija seguiría con vida!

El mismo estaba a punto de morir, pues como todo lo que tocaba se convertía en oro. No podía ni comer ni beber. Cuando cogía un pan para llevárselo a la boca, éste se convertía en oro; cuando la copa rozaba sus labios toda ella se convertía en oro... Incluso sus propias lágrimas se convertían en oro. Desesperado corrió donde Dionisos y se arrodilló a sus pies rogándole: -Por favor, por favor sálvame. Quítame el don que me diste o moriré.

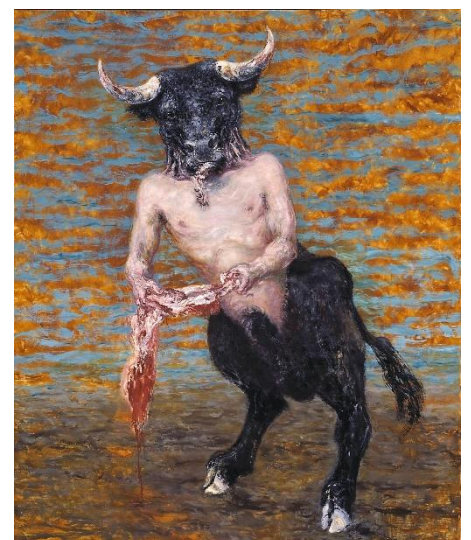
Y Dionisos le contestó que aunque se había comportado como un auténtico tonto le ayudaría. Si quieres salvar tu vida debes bañarte en la fuente del río Pactolo y así perderás tu don. Si deseas que tu hija vuelva a la vida debes hacer lo mismo con ella.

Y así lo hizo. Midas siguió las instrucciones de Dionisos y consiguió salvar su vida, recuperar la de su hija y la del perro. Y ésta parece ser la razón por la que hay tanto oro en el río Pactolo: porque fue allí don de Midas se bañó para dejar ser el hombre más rico y desdichado del mundo.

El laberinto del Minotauro

¿Imaginas tener un hijo con cabeza de hombre y cuerpo de toro? Esto es lo que le ocurrió a Minos, pues su mujer Pasífae tuvo un hijo con un toro enviado por el propio Dios Poseidón.

Minos era hijo de Zeus, el todo poderoso, y de **Europa**. De esta unión no solamente nació Minos sino que nacieron dos hijos más: Serpeón y Radamantis. Zeus, queriendo lo mejor para Europa y sus



hijos le caso con Asterión, rey de Creta, quien adoptó a Minos y a sus dos hermanos como si fuesen hijos propios. Cuando Asterión muere Minos quiere todo el poder para él solo y obviamente a sus hermanos les parece un poco egoísta y no están de acuerdo. Pero Minos justifica su postura diciendo que los dioses le destinaban todo el reino y que la prueba de ello es que el cielo le concedería cuanto pidiera.



Y ¿qué pidió Minos para que le creyeran? Pues no se le ocurrió mejor idea que pedir a Poseidón, el dios del mar, que hiciese salir un toro del mar y que él a cambio se lo sacrificaría. Por supuesto Poseidón cumplió su parte, el toro salió mar pero a Minos, le gustó tanto, tanto, tanto el animal que decidió olvidarse de la parte del sacrificio y conservarlo, mandándolo a sus rebaños.

Poseidón se enojó muchísimo por el incumplimiento de la promesa de Minos y la venganza fue fuerte. Volvió al toro muy furioso además de que, años más tarde la esposa de Minos, Pasífae tuvo un hijo con ese toro. Pregunta obvia, ¿quién es este hijo? El Minotauro, que significa toro de Minos.



Situado el origen del minotauro, la siguiente pregunta que me gustaría contestar es la siguiente: ¿cómo creéis que reaccionó Minos cuando vio el aspecto de su hijo? Pues asustado y avergonzado, hasta tal punto que decidió construirle un enorme palacio de nombre Laberinto. Os figuráis con este nombre cuál era su principal característica ¿no? Exacto, el Palacio estaba formado por tal embrollo de salas, pasillos y corredores que nadie salvo el artista que lo construyó, era capaz de encontrar la salida.

Y allí se encerró al Minotauro que únicamente comía carne humana y cada vez se volvía más y más salvaje. A la par que se encerraba al Minotauro otro de los hijos de Minos, Androgeo, fue asesinado en Atenas después de una

competición olímpica donde había quedado campeón. Ante semejante afrenta Minos, reunió una flota y se dirigió a atacar Atenas, pero como la guerra se estaba prolongando más de lo debido, Minos rogó a Zeus su padre que le ayudase a vengarse de los atenienses y el hambre y la peste azotó la ciudad de Atenas.



Con el paso del tiempo los atenienses extrañados ante la poca efectividad de los sacrificios realizados para doblegar a la peste, consultaron el oráculo y éste les dijo que la única manera que tenían de solucionarlo era dar a Minos lo que les pidiera. Minos exigió que todos los años la ciudad de Atenas debía dar como tributo a Creta siete muchachos y siete doncellas sin armas que serían internados en el Laberinto y allí vagarían perdidos y sin rumbo o hasta que se encontraran con el Minotauro. Creo que no hace falta decir lo que ocurría.

Y ¿cómo acaba la historia? pues como siempre con un joven valeroso que es capaz de vencer a la bestia, en este caso el joven se llama Teseo.

Tras tres tributos la ciudad de Atenas estaba cansada de la historia del Minotauro y de ver embarcar a sus jóvenes para ser devorados, así que comenzaron a murmurar contra Egeo, el rey de Atenas y padre de ese joven valeroso de nombre Teseo.

Teseo, preocupado por la situación y con la intención de calmar a la gente **decide ofrecerse voluntario para embarcar hacia Creta, plenamente confiado, eso sí, de que será capaz de vencer al minotauro.**

Y por supuesto lo vence, pero en este "labor" tiene una ayuda de excepción, Ariadna, una de las hijas de Minos que cuanto ve a Teseo se enamora de él y a cambio de que una vez logrado el triunfo se case con ella y la saque de su patria, da un arma verdaderamente infalible: un ovillo de hilo que le iba a recordar por donde debía salir del Laberinto.



Por supuesto Teseo venció al Minotauro, a puñetazos todo hay que decirlo, y cumplió su promesa con Ariadna, la saco de su patria. Tras hundir a los navíos cretenses para impedir la persecución, Teseo se embarcó de noche acompañado de Ariadna y de los jóvenes atenienses que había salvado del Minotauro.

Ícaro

Minos, rey de Creta, había mandado construir un laberinto en el que quería encerrar a su monstruoso hijo, el Minotauro. La premisa que dio al arquitecto fue clarísima: debía construir una fortaleza de la que jamás nadie que entrase pudiese salir. Y así fue durante muchísimo tiempo, hasta que apareció por allí uno de los héroes por excelencia de la mitología griega: Teseo, quien no solo logró matar al Minotauro sino que además consiguió la no pequeña hazaña de escapar del laberinto y fugarse de Creta. Eso sí, conviene recordar que en la salida del laberinto tuvo un papel crucial la bella Ariadna, una de las dos hijas del rey Minos, que se había enamorado perdidamente de Teseo y le dio un hilo para que pudiera recordar el camino por el que había entrado.

Pues bien, cuando Minos se dio cuenta de que Teseo había logrado salir del laberinto, se enfureció terriblemente y fue a buscar a Dédalo:

-¡Qué los dioses te castiguen! ¿No te había ordenado que construyeses un laberinto del que jamás nadie pudiese salir? ¡Me has fallado y quien a mí me falla lo paga caro!

Y caro lo pago, pues el castigo que el rey Minos puso a Dédalo fue terrible. Lo encerró en el laberinto, pero no contento con ello, decidió multiplicar su sufrimiento encerrando con él a su hijo. Además, como Minos era consciente de que Dédalo, como constructor del espacio, bien sabría salir de él, puso en la puerta dos guardianes con una orden muy clara:

- ¡Si en algún momento intentan escapar, cortadles la cabeza!

El hijo de Dédalo se llamaba Ícaro y era un joven de catorce años intrépido y atrevido con un carácter alegre que hacía que todo el mundo lo adorase. Así que no era extraño que el pueblo entero de Cnosos llorase el futuro de un joven al que sabían que no volverían a ver. Pero el dolor más grande lo sentía su padre, Dédalo que durante días no fue capaz de pronunciar palabra.

Si ya era duro pensar que él moriría allí dentro, encerrado en su propia obra, la idea de que su joven y amado hijo muriese con él, sin vivir y disfrutar de la vida, se le hacía insostenible. Así que pasados los primeros días de encierro, comenzó a pesar, a idear la manera en la que pudiesen salir de ese lugar. Si la puerta estaba custodiada por guardianes, tal vez las ventanas fuese su única escapatoria.

-¡Ya lo tengo! ¡Nos convertiremos en pájaros!- gritó Dédalo una mañana al despertarse. A lo que Ícaro respondió: ***-Pero, ¿qué dices, papá?-***

-Lo que digo es que la única manera que tenemos de escapar de aquí es volando como pájaros- El pobre Ícaro, incrédulo ante las ocurrencias de su padre seguía advirtiéndole en tono pausado:

-Papá eso es imposible: ¿desde cuando los hombres vuelan?

A lo que Dédalo, sonriente, contestó:

-¿Es que no crees en tu padre? ¡Venga, alegra esa cara y ayúdame! ¡A partir de ahora tenemos muuuucho trabajo!

La apariencia del laberinto, durante los nueve años que llevaba construido, había cambiado. Sus pasillos se habían llenado de hierbas, la lluvia había formado estanques imprevistos, las abejas habían construido panales en las vigas y por muchos rincones se habían ido acumulando restos de animales y plantas. Todo ello fue aprovechado por Dédalo para el nuevo invento que rondaba su cabeza. Trabajó durante durante días sin descanso, hasta que una mañana le mostró orgulloso a su hijo los dos pares de alas que había construido con los palitos y las plumas que había encontrado.

Cuando las vio, Ícaro exclamó entusiasmado:

- ¡Seremos los pájaros más extraños del mundo...!

Con unas cuerdas que encontraron, se ataron las alas al cuerpo y comenzaron a aprender a manejar el nuevo artilugio. Cuando consiguieron moverlas con gran soltura llegó la hora de partir pero antes Dédalo dio las últimas instrucciones a su hijo:

- Escúchame Ícaro: por favor, cuando vuelas debes controlar la altura en la que lo haces. Es muy importante que no vuelas demasiado bajo pues cuando llegemos a mar abierto el agua podría empapar tus alas y éstas se volverían tan pesadas que te harían caer al mar.



Ícaro no prestaba demasiada atención a las palabras de su padre. Estaba demasiado entusiasmado con lo que se le avecinaba y en lo único que pensaba era en comenzar el vuelo. Así que para que su padre se callase le sonrió y le dijo sin pensarlo demasiado:

-No te preocupes, papá: volaré tan alto como pueda-

La respuesta le hizo recordar a Dédalo la cera de las abejas con la que estaban unidas las plumas y entonces su preocupación fue mayor:

-No Ícaro, volar demasiado alto haría que el sol derritiera la cera. Debes volar junto a mí y todo irá bien.

-Por supuesto papá- respondió Ícaro sin mucho convencimiento.

- Entonces, emprendamos el vuelo.

Ícaro empezó a batir las alas con rapidez, de arriba abajo tal y como había practicado junto a su padre. Pronto su cuerpo se fue elevando, primero lentamente para poco a poco ir cogiendo velocidad. Cuando, a los pocos segundos, volvió la cabeza en busca del laberinto, éste se veía a lo lejos diminuto, como si de una maqueta se tratase. Cuando Dédalo vio que su hijo lo había conseguido salió volando tras él, en la búsqueda de un lugar alejado en el que iniciar una nueva vida.

Todo marchaba a la perfección, aunque ambos no disfrutaban de igual manera del viaje. A Dédalo le costó acostumbrarse, se sentía incómodo con las alas por lo durante un tiempo voló despacio, concentrado en adaptarse a las nuevas condiciones. Por el contrario Ícaro, desde el primer momento, disfrutó de la nueva experiencia que le aportaba la ingravidez. Se sentía feliz, parecía que hubiese nacido para volar, así que cada vez movía sus alas con más fuerza volando más y más arriba.



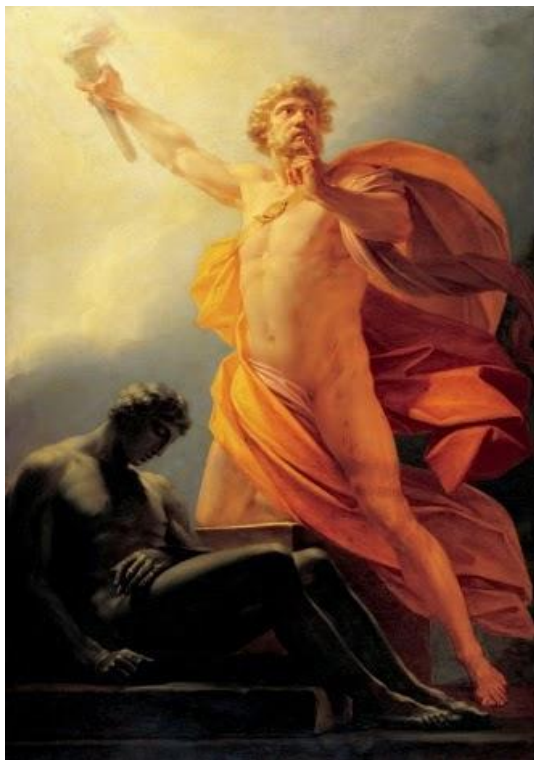
Cuando por fin Dédalo se adaptó a sus alas y consiguió volar con cierta soltura comenzó a girar la cabeza en busca de su hijo. Pronto el terror invadió su cuerpo. ¡Ícaro no estaba por ninguna parte! Dédalo buscó a la derecha, a la izquierda, arriba... pero no conseguía encontrarlo.

Ícaro inconsciente y temerario, como muchos jóvenes, no había escuchado las palabras de su padre y había confiado demasiado en su propia habilidad. Había querido volar más alto que los pájaros, había querido llegar al sol y éste había castigado su soberbia derritiendo sus alas.

Cuando Dédalo miró hacia abajo vio a Ícaro tendido en el mar.



Prometeo



Según los primeros griegos, el hombre fue creado por Zeus y Prometeo, pero ambos tenían una visión diferente del papel que debían tener éstos en el mundo.

Mientras que Zeus estaba encantado con el carácter primitivo que tenían estos primeros seres, Prometeo en cambio, un ser justo, inteligente y educado, amaba al género humano y deseaba que los hombres progresaran y sabía que con su ayuda lo conseguirían.

Por ello la actitud de Zeus, negándose a favorecer el desarrollo de la raza humana por miedo a que algún día pudiesen rivalizar con él, le parecía absolutamente deleznable. Si él y Zeus habían creado a la raza humana debían acabar su trabajo. No habían creado a unos simples animales, por lo que debían enseñarles y educarles para que pudiesen evolucionar. Un día,

armándose de valor, le dijo a Zeus:

-Hay que enseñarles el secreto del fuego, sino jamás conseguirán ser nada diferentes a niños indefensos. Debemos acabar lo que hemos comenzado.

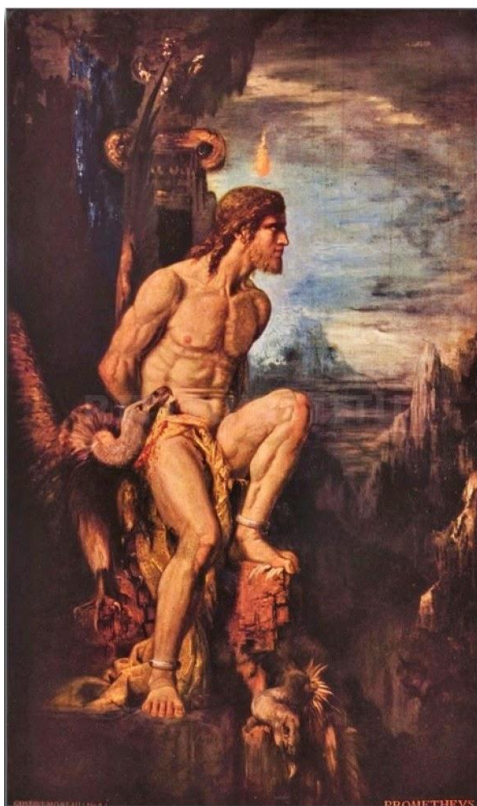
Por más motivos que Prometeo daba, no lograba cambiar la opinión de Zeus así que decidió continuar su trabajo a escondidas. Subió, sin que nadie le viese, al Olimpo y prendió un carbón, cuyas brasas escondió en el interior de un hueso. Con gran sigilo se lo bajó a los humanos y les enseñó a usar el fuego.

Esta no era la única manera en que Prometeo había ayudado a los hombres. Normalmente los dioses no eran muy justos con los hombres y siempre, cuando había un sacrificio, ellos se guardaban la mejor parte dejando a los hombres lo sobrante. ¿Sabéis lo que hizo Prometeo? Pues consiguió engañar a los dioses. Hizo dos montones, el primero de ellos, muy grande y aparatoso solamente contenía los huesos cubiertos de grasa; el segundo, mucho más pequeño contenía toda la carne. Por supuesto, Prometeo muy educado, dejó elegir en primer lugar a los dioses y fue Zeus, haciendo alarde de su avaricia, quien escogió el montón de mayor tamaño. Os podéis figurar su enfado al verse así engañado.

Así estaban las cosas. Los hombres con ayuda de Prometeo hacían muy importantes progresos. Les enseñó a modelar vasijas, a construir casas mucho más resistentes, a trabajar el metal con el que poder hacer armas para defenderse. La cosa marchaba muy, muy bien hasta el día en que Zeus, vigilante desde el cielo, se dio cuenta que en la tierra algo estaba ardiendo... **HABÍA FUEGO...** y rápidamente supo que nuevamente había sido engañado.

Zeus herido y enfurecido de sobremanera, decidió desoír las palabras de Prometeo quien seguía intentando hacerle creer que los hombres no iban a rivalizar con él si les amaban y les daban buenas enseñanzas.

Zeus no quería saber nada de Prometeo, estaba tan indignado ante su engaño que decidió castigarle y condenar a la humanidad. ¿Cómo lo hizo? Pues así. Ordenó que Prometeo fuese llevado a las montañas y le encadenaran a una roca y mandó sobre él la siguiente tortura: todos los días de su vida un águila feroz se alimentaría con su hígado,



hígado que todas las noches volvería a crecer para que la tortura pudiese comenzar nuevamente.



La condena le duró muchos años a Prometeo, se dice que durante más de treinta mil años sus gritos seguían llenando el aire. Su sufrimiento despertaba compasión pero nadie se atrevía a liberarlo hasta que Hércules pasó por allí con los Argonautas, mató el águila y se llevó a Prometeo consigo.

Pero el castigo de Prometeo no le pareció a Zeus suficiente venganza por lo que mandó a Hefesto, el herrero, que modelase a una mujer en barro. Después ordenó a la diosa Atenea que insuflase vida a la estatua y le instruyese en las artes de la costura y la cocina; a Afrodita que le concediera la belleza y Hermes debía enseñarle la astucia y el engaño. El nuevo ser creado fue llamado Pandora, hermosa entre las hermosas.

Las intenciones de Zeus a la hora de crear a Pandora nunca fueron buenas: era ella la que se debía encargar del castigo de los hombres. Para ello Zeus mandó concertar la boda de Pandora con Epitemeo, el imprudente hermano de Prometeo quien halagado aceptó encantado pese a las advertencias de Prometeo, al que algo le olía muy raro.

Un día a Pandora se le entregó una pequeña cajita que debía llevar siempre consigo, pidiéndole que no la abriese por nada del mundo. En esa cajita iban encerradas todas las desgracias de la tierra: el cansancio, la vejez, el vicio, la enfermedad, la pobreza, los celos.

Al principio Pandora, feliz con su nueva vida, se olvidó del cofre, pero con el paso del tiempo el gusanillo de la curiosidad comenzó a inquietarle y decidió abrir la caja. Así que un día,

aprovechando que su marido estaba dormido, abrió el cofre y comenzaron a salir, rápidos como el viento, todos los males que desde entonces nos afligen.

Pandora, desesperada, intento cerrar la caja pero era demasiado tarde, su contenido se había esparcido por todo el mundo. La venganza de Zeus se había realizado: la raza humana no podía ser noble como había querido Prometeo y a partir de ese momento en la vida se nos iban presentar constantes dificultades con las que deberíamos luchar.

Pero el triunfo de Zeus no fue completo porque una pequeña cosita había quedado olvidada en la caja: LA ESPERANZA, gracias a la cual tenemos una fuerte razón para seguir viviendo.

